



SOBRE LA DISTINCIÓN ANALÍTICO-SINTÉTICO  
UNA RESPUESTA DE JOHN R. SEARLE\*

ON ANALYTIC-SYNTHETIC DISTINCTION  
A RESPONSE FROM JOHN R. SEARLE

ÁLVARO GONZÁLEZ OSORIO<sup>†</sup>  
Universidad del Quindío - Colombia

Φ

*Resumen*

En su escrito “Dos dogmas del empirismo”, Quine presenta una de las ideas más discutidas en la filosofía contemporánea, esto se evidencia gracias al elevado número de artículos que se generaron a partir de su publicación. Uno de los temas principales es que no existe una distinción entre enunciados analíticos y enunciados sintéticos. En el presente artículo se pretende exponer las distintas ideas de Quine en dicho escrito, complementadas, a su vez, con su polémico argumento de la “indeterminación de la traducción radical” y presentar una de las respuestas u objeciones a dichos puntos de vista, señalando los lugares en los que dichas ideas de Quine parecen tambalear lo suficiente como para desplomarse.

192

**Palabras clave:** Analiticidad, sinonimia, significado, analítico, sintético, extensional, intensional.

*Abstract*

In his writing "Two dogmas of empiricism", Quine introduces one of the most disputed ideas in contemporary philosophy; this is evidenced by the large number of articles that were generated since its publication. One of the main issues is that there is a distinction between statements analytic and synthetic statements. This article seeks to expose different ideas of Quine in that letter, supplemented, in turn, with his controversial argument of the "Indeterminacy of radical translation" and introduce one of the answers or objections to these points of view pointing to places in which such ideas of Quine seem to shake enough to collapse.

**Keywords:** Analiticidad, synonym, meaning, analytic, synthetic, extensional, intentional.

---

\* Recibido: 20 de marzo 2011 y aprobado el 13 de abril de 2011

<sup>†</sup>Contacto: alvaro.gonzalez02@hotmail.com



## I. El dogma de la analiticidad

Dentro de las cuestiones fundamentales de la filosofía del lenguaje, los problemas para el criterio de “analiticidad”, tanto como para el “significado” y la “sinonimia” encierran a menudo profundas dificultades. Una de las críticas más reconocidas en la literatura sobre filosofía analítica con respecto a los conceptos anteriormente mencionados, fue desarrollada por Willard V.O Quine en un artículo titulado “Dos dogmas del Empirismo”. Uno de los objetivos que se plantea, es sostener la idea de que no es posible establecer claramente un criterio para la “analiticidad” sin entrar necesariamente en un círculo que no conduce a ninguna parte, pues se utiliza en dicha explicación algunos conceptos igualmente oscuros al primero, esto es, se necesitan conceptos para explicar la “analiticidad” que requieren al mismo tiempo ser aclarados; intentamos explicar una noción con conceptos que al mismo tiempo no comprendemos. La fuerte creencia en la distinción analítico-sintético es presentada por Quine como uno de los dogmas del empirismo, sin embargo, pretende mostrar por qué esta distinción se encuentra mal fundada.

193

La distinción kantiana entre enunciados analíticos y sintéticos aparece previamente en la distinción entre relaciones de ideas y cuestiones de hecho, realizada por Hume, y en la distinción entre verdades de razón y verdades de hecho, efectuada por Leibniz. Este último afirma que las verdades de razón son verdaderas en todos los mundos posibles. Kant, por su parte, dice que un enunciado es analítico cuando es verdadero en virtud de su significado e independientemente de los hechos. Lo que Quine propone es que debemos analizar la situación en la cual nos ha dejado Kant en su definición de enunciado analítico. Para llevar a cabo su análisis del “significado” y para recordar que significar y nombrar no es lo mismo, el autor utiliza la famosa distinción entre “sentido” y “referencia” remitiéndose al famoso ejemplo de Frege “el lucero de la mañana” y “el lucero de la tarde”, el cual muestra que distintos enunciados pueden referirse al mismo objeto pero tener diferente sentido o significado.



Lo que obtiene Quine al separar el “significado” de la “extensión” es precisamente poner de manifiesto la problemática situación en la que nos encontramos al tratar de explicar qué clase de cosas son las significaciones. Para el autor, después de separar la referencia de la significación, no estamos lejos de reconocer que la teoría de la significación es la “sinonimia” de las formas lingüísticas y la “analiticidad” de los enunciados, lo que nos conduce de nuevo al problema de los enunciados analíticos. Continuando con su análisis, el autor reconoce que es fácil encontrar ejemplos de enunciados que se toman como “analíticos” en la literatura filosófica, que se dividen al mismo tiempo en dos clases, uno de ellos es del tipo:

1) Ningún hombre no casado es casado

Estos enunciados se consideran como enunciados de la primera clase y pueden tomarse como *lógicamente verdaderos*. En los enunciados de este tipo el rasgo fundamental es que se mantienen verdaderos para todas las interpretaciones de sus partículas no lógicas. Si aislamos el inventario de términos lógicos de un enunciado tales como “no”, “si”, “y” o “entonces”, se mantiene la verdad del mismo para todas las interpretaciones de las partículas restantes, de tal forma que podemos construir un ejemplo diciendo:

2) Ningún carro no blanco es blanco

Pero existe una segunda clase de enunciados analíticos de la forma:

3) Ningún soltero es casado

La particularidad de este enunciado es que puede convertirse en una verdad lógica (1) sustituyendo sinónimos por sinónimos, lo que quiere decir que debemos sustituir “hombre no casado” por su sinónimo “soltero”. Sin embargo, el hecho de que el segundo tipo de enunciados analíticos dependa de la sinonimia entre los dos términos que debemos utilizar,



encierra la dificultad de la insuficiencia en las explicaciones de la “analiticidad”, pues esta última no puede ser explicada utilizando conceptos igualmente oscuros, lo que se exige es que en caso de pretender explicar la analiticidad utilizando la sinonimia debemos clarificar en primera instancia en qué consiste esta última, tarea que hasta el momento no se ha llevado a cabo hasta ahora.

Una alternativa para solucionar el problema de la analiticidad, según el argumento de Quine, consiste en afirmar que los enunciados de la segunda clase se convierten en verdades lógicas por *Definición*. En este sentido, podemos afirmar que “soltero” se define como “hombre no casado”. No obstante, el autor insiste en el hecho de que no podemos determinar el significado de las palabras apelando a las definiciones, pues tal parece que no sabemos de donde provienen. Si apelamos a una definición lexicográfica, lo que estamos diciendo es que la comunidad lingüística a cargo de dicha definición identifica los términos “hombre no casado” y “soltero”, presuponiendo una relación de sinonimia, cosa que no resuelve el problema.

195

Una de las opciones que se tiene a la mano para defender la idea de la sinonimia, corresponde a la creencia de que se puede realizar un intercambio de palabras sin alterar el valor de verdad del enunciado, a esto se le conoce con el nombre de Intercambiabilidad *salva veritate*. Para Quine, por su parte, la intercambiabilidad *salva veritate* puede fallar en el caso de “hombre no casado” y “soltero”, considérese el caso de los enunciados:

“Soltero” tiene menos de diez letras

En este caso, si intercambiamos “soltero” por “hombre no casado” el valor de verdad cambia inevitablemente, pues en el primer caso el enunciado es verdadero, y en el segundo, falso. Un contraejemplo de esta naturaleza puede dejarse a un lado diciendo que la intercambiabilidad no funciona si se aplica a instancias fragmentadas del enunciado, o eliminando las comillas. Para Quine, aunque se pasa del problema de sinonimia al de una



concepción de “palabra” , no queda claro en qué consiste dicha concepción, lo más probable es que sea tan confusa como la que originalmente se intenta explicar, pero puede interpretarse como un progreso en tanto se reduce el problema de la sinonimia al problema de la naturaleza de las palabras.

Sin embargo, es innegable que la dificultad se mantiene y es necesario continuar con el análisis de la intercambiabilidad. La conclusión a la que llega el autor es que “soltero” y “hombre no casado” , comparten simplemente una coincidencia extensional como la comparten los enunciados “criatura con corazón” y “criatura con riñones” . El punto importante es que debemos tener claro el hecho de que dos palabras tienen el mismo significado y no simplemente que son verdaderas de la misma cosa o que comparten la extensión.

El asunto es que, para Quine, debemos mostrar qué es lo que comparten los dos términos para ser sinónimos, y no basta con decir que son verdaderos de la misma cosa. De ser así, el enunciado “todos los solteros son hombres no casados” es simplemente verdadero y no necesariamente verdadero como lo estipula la analiticidad. Para él, si el problema de la analiticidad va más allá del hecho de compartir la misma extensión, entonces debemos buscar entidades extrañas como el “significado” o las “intenciones” , y su posición frente a este tipo de alternativas es de completo rechazo.

Para justificar su animadversión Quine desarrolla dos argumentos en contra de los significados. El primero de ellos descansa en la idea de que si postulamos un tipo de entidad y ésta es adecuada, debemos ofrecer una manera de individuar dicha entidad. Y ¿Cómo podemos individuar significaciones? La idea es que no podemos individuarlas utilizando entidades observables puesto que son las mismas oraciones, y lo que estamos haciendo es postular significados para explicar cómo algunas oraciones físicamente distintas tienen el mismo significado. Si comparamos tres frases en distintos idiomas que expresan el mismo enunciado “está lloviendo” , las marcas físicas son, por supuesto, diferentes, pero se supone que tienen el



mismo significado ¿Cómo podemos entonces individualarlo si son físicamente distintas? Esto tiene como resultado el hecho de que si efectivamente existen los significados, deben ser entidades inmateriales, pues son diferentes a las entidades, en este caso las oraciones que los expresan. Si no podemos ofrecer un criterio para individualar significados, defender la idea de su existencia no tiene fundamento. Postular entidades como los significados, adicionales a las oraciones, carece completamente de valor explicativo, en la medida en que no encontremos evidencia física de su existencia.

Para Quine, el hecho de postular entidades como los significados es similar a aquellas postulaciones de entidades extrañas que surgen en aquellos momentos en los cuales las explicaciones científicas no son suficientes, y compara este hecho con las explicaciones religiosas (o de naturaleza extraña) lo cual no resuelve nada. En el caso de las discusiones acerca del lenguaje, afirma que recaemos en plantas insanas como la vieja semántica mentalista, en ausencia de explicaciones científicas. Afirma que es necesario, en aras de una mejor comprensión de la mecánica del lenguaje, adherirnos constantemente a elementos externos (criterios extensionales). Lo único que puede proteger algunas conjeturas acerca de mecanismos internos, es la esperanza de ser respaldados por nuevos descubrimientos neurofisiológicos, lo cual es bastante incierto.

197

La tesis de la indeterminación de la traducción radical constituye el segundo argumento de Quine en contra de los significados. La idea es que en el momento en que se lleva a cabo la traducción de un lenguaje a otro, no hay manera de saber cuál es la traducción correcta. El experimento mental construido por Quine expone la siguiente situación: Los lingüistas se enfrentan a una tribu recién descubierta, su lenguaje conocido como -el “selvanés” - no cuenta con un manual de traducción al castellano, podrían generarse dos manuales de traducción cada uno de los cuales es compatible con la conducta lingüística de los hablantes pero incompatibles entre ellos mismos. En este caso, no tenemos razones para elegir entre un manual de traducción y otro, lo que implica que la traducción queda indeterminada.



El ejemplo de Quine plantea la siguiente situación. Tenemos una oración “selvanesa” “gavagai” , la cual es pronunciada por los miembros de la tribu siempre que aparece un conejo al mismo tiempo que lo señalan. Esta expresión también puede darse en contextos en los cuales no aparece el objeto. Uno de los traductores decide asignar la expresión, en ausencia del objeto, al término castellano “conejo” ; y en un contexto determinado, con la conducta lingüística correspondiente, asigna el término a la expresión castellana “ahí va un conejo” . No obstante, es fácil darse cuenta que tanto el término como la oración pueden traducirse de varias formas.

- Conejo
- Parte no separada de conejo

En este sentido, no es posible determinar mediante criterios objetivos cuál es la traducción adecuada. El punto central del argumento es que si existiesen entidades como los significados, tendríamos criterios objetivos para determinar cuál de los dos manuales es adecuado, es decir, podríamos hallar la mejor traducción en cuyo caso sería aquella que expresa la misma significación que se expresa en el lenguaje de los nativos. Pero como la traducción es inderterminada, entonces no hay significaciones.

198

## II Una defensa de la distinción analítico sintético

Para John Searle, las definiciones correspondientes a la sinonimia y a la analiticidad parecen lo suficientemente claras. “la sinonimia se define como: dos palabras son sinónimas si y sólo si tienen el mismo significado; y la analiticidad se define como: un enunciado es analítico si y sólo si es verdadero en virtud de su significado o por su definición” . Si alguien nos preguntase por la definición de estos dos conceptos, esa sería la clase de respuesta que podríamos ofrecerle, utilizando si se quiere, un número de ejemplos considerables para complementar la idea. En últimas, si alguien preguntase si dos palabras son sinónimas, la



respuesta es que significan lo mismo; y si preguntase si un determinado enunciado es analítico, la respuesta es que es verdadero por su definición o en virtud de su significado.

Sin embargo, este tipo de definiciones son precisamente las que no satisfacen las exigencias de Quine, no funcionan porque se apoyan en la noción de significado, y esta noción es al mismo tiempo tan confusa como las anteriores. En este sentido, lo que debemos hallar es un criterio que logre ofrecernos una explicación exitosa que, para Quine, debe ser de carácter extensional, formal o conductista, una extraña manera de determinar si un enunciado es analítico observando la conducta de los hablantes o realizando operaciones mecánicas sobre oraciones. Lo que necesitamos es una prueba objetiva para la analiticidad y la sinonimia y no simplemente definiciones que utilicen en su explicación nociones tan confusas como las que pretende explicar. Searle pretende mostrar que objeciones de este tipo descansan sobre algunas suposiciones equivocadas en cuanto a la relación entre el hecho de comprender una noción y aquella capacidad para proporcionar criterios para su aplicación.

199

El primer paso consiste en suponer que existe un criterio extensional para la analiticidad de la siguiente manera: un enunciado es analítico si y sólo si la primera palabra de la oración usada al hacer ese enunciado comienza con la letra “A” . Este criterio contiene la objetividad suficiente para satisfacer los requerimientos de quienes argumentan en contra de la noción de analiticidad de este modo. Pero es bastante absurdo suponer que funciona, es absurdo porque todos sabemos que la primera palabra utilizada en un enunciado no tiene nada que ver con la analiticidad. El criterio falla en la medida en que podemos construir enunciados no analíticos utilizando la letra “A” y enunciados analíticos que no comiencen por la letra “A” , o trae consigo la consecuencia de que un enunciado es analítico y no analítico cuando se construyen enunciados en lenguajes distintos. Los criterios extensionales no funcionan para explicar la analiticidad.





Si bien los criterios extensionales no son adecuados, es necesario entender por qué fallan, y la respuesta es que sabemos lo que efectivamente significa la palabra “analítico”, sabemos qué clase de cosas hacen que un enunciado sea analítico y sabemos también que la ortografía no tiene nada que ver con nuestras decisiones acerca de los enunciados. El primer punto en contra de Quine es que él conoce tan bien el concepto de analiticidad que no podría haber desarrollado su texto si no lo conociese lo suficiente, conoce lo que significa decir que “existe una diferencia entre enunciados analíticos y sintéticos”.

Para Searle, cualquier criterio de analiticidad debe juzgarse por su capacidad de arrojar ciertos resultados, por ejemplo, ante el enunciado “en este momento nos encontramos en un auditorio” el criterio debe arrojar como resultado que el enunciado no es analítico; y ante el enunciado “todos los triángulos tienen tres ángulos” debe arrojar como resultado que es analítico. La capacidad que tenemos de construir numerosos ejemplos de ambos tipos, da cuenta de una suficiente comprensión del término “analítico”. Lo interesante en este punto es que el criterio que utilizamos para el concepto de “analiticidad” es de carácter “proyectivo”, no denota una clase cerrada de enunciados o una lista. Podemos aplicarlo con éxito a casos nuevos.<sup>1</sup> En este sentido, el criterio se pone a prueba no solamente en un listado conocido de casos. El criterio que se propone conserva su forma. Dos palabras son sinónimas si significan lo mismo, por un lado; y por otro lado, un enunciado es analítico si es verdadero en virtud de su significado.

200

Una de las estrategias utilizadas por Quine para atacar las nociones de sinonimia y analiticidad, consiste en la utilización de casos límite. A propósito de esto el autor afirma “No sé si el enunciado ‘toda cosa verde es extensa’ es analítico”. El ejemplo es escogido intencionalmente para mostrar lo que quiere mostrar, no se pregunta, por ejemplo, si el enunciado “Todos los cardiólogos son médicos del corazón” es analítico, ni tampoco se

---

<sup>1</sup> Esta cualidad proyectiva se aprecia de forma más completa en el texto de P. Grice y P.F. Strawson “En defensa de un dogma”.



pregunta si “ahora está lloviendo” es analítico. El ejemplo es tomado como un caso límite porque no sabemos dónde ubicarlo, no podemos clasificarlo como analítico o no analítico y esto es lo que se supone que hace que tenga el efecto deseado. Sin embargo, el argumento de Quine falla porque queriendo mostrar una cosa, muestra todo lo contrario. Es cierto que el enunciado “toda cosa verde es extensa” no puede clasificarse como analítico o no analítico pero ¿Por qué? La respuesta no es que no contamos con un criterio claro para la analiticidad, sino que nuestra misma comprensión de ella es lo que nos lleva a reconocer que el enunciado es un caso límite, reconocer que lo es, presupone la comprensión de la analiticidad.

Searle responde al argumento en contra de la existencia de dos palabras que sean sinónimas, específicamente desarrollado por Goodman. Si tomamos la expresión “médico de ojos que no sea oculista” puede entenderse como una descripción de “médico de ojos”, pero no como una definición de oculista en el sentido “oculista que no sea oculista”. Lo que intenta mostrar es que hay algo en la extensión secundaria de “médico de ojos” que no existe en la de “oculista”, y esto ocurre en cualquier par de palabras que quieran tomarse como sinónimos. En últimas, dos palabras jamás pueden tener completamente el mismo significado. Pero tales hechos sobre extensiones secundarias no se relacionan con el problema de si dos palabras son sinónimas, para encontrar un criterio extensional de la sinonimia hay que tener en cuenta que debe acomodarse al hecho de que “oculista” significa “médico de ojos”, de lo contrario, lo que se debe abandonar no es la noción de sinonimia sino el criterio que encontremos, pues no cumple adecuadamente la tarea.

201

En palabras de Searle:

La afirmación de que “oculista” significa médico de ojos no es una afirmación que tenga que satisfacer ningún criterio de sinonimia que los filósofos podrían proponer, sino que, más bien, cualquier criterio de sinonimia que se proponga debe ser consistente, con los hechos tales como que “médico de ojos” es sinónimo de “oculista”. El maniobrar con la noción de *exactitud* tampoco ofrece ninguna



ayuda; pues, como Wittgenstein observó, la exactitud es relativa a algún propósito; y, con relación a los propósitos para los que empleamos sinónimos, “oculista” es exactamente sinónimo de “médico de ojos” . (Searle, 1980, p.19)

El fundamento de las críticas en contra de la analiticidad es el supuesto de que las explicaciones no extensionales no constituyen explicaciones en ningún sentido, y que aquellos conceptos que no pueden explicarse extensionalmente son defectuosos. El punto sobre el que quiere insistir Searle es que este tipo de argumentación se destruye a sí mismo. Para poder saber si un criterio extensional ha fracasado en una situación determinada, es indispensable tener alguna concepción de lo que significa tener éxito o fracaso, y el hecho de tener esta concepción, implica a su vez que comprendemos el concepto. Es cierto que existen casos dudosos, para algunos, son muy pocos ejemplos lo suficientemente claros acerca de la noción de analiticidad, pero esto no implica que el concepto sea inútil, vago o incomprensible, lo que muestra es todo lo contrario. Si nos damos cuenta que en algunos casos no podemos decidir si un enunciado es analítico o no analítico, es porque nuestra comprensión de dicha noción es tan clara, que podemos decir con seguridad que existen casos límite. Esto no quiere decir, por supuesto, que en ocasiones el uso de un concepto puede ser defectuoso.

202

Conocemos cosas del lenguaje independientemente de que podamos o no proporcionar criterios. Sabemos que hay palabras que son sinónimas, que algunas tienen al menos dos significados, que hay palabras que son nombres y que hay oraciones que tienen sentido y otras que no. Y si alguien pregunta cómo he llegado a saber tales o cuales cosas acerca del lenguaje, la respuesta es que soy un hablante de cierto dialecto, y que por ello, domino las reglas de ese dialecto. Todo parte de la idea de que aprender un lenguaje es tomar parte en una forma de conducta gobernada por reglas, y aprender y dominar un lenguaje es aprender y dominar esas reglas. Cualquier apelación a criterios debe acomodarse de alguna manera a nuestros conocimientos, de no ser así, debemos abandonarlo.



Esto no quiere decir que la búsqueda de criterios sea una tarea inútil, si es posible encontrar criterios para los conceptos de manera apropiada esto representaría un intento para explicar dichos conceptos. Lo que debemos tener en cuenta es que en aquellas partes en donde los modelos de explicación fallan en su intento por establecer criterios para determinados conceptos, lo que debemos abandonar son los modelos, no los conceptos. En otras palabras, si la búsqueda de un criterio extensional para la analiticidad falla, lo que debemos dejar a un lado es la idea de que debe existir un criterio extensional, no tomar el camino de Quine, que consiste en abandonar la noción de analiticidad.

La diferencia primordial entre los dos tipos de argumentación aquí presentados tiene que ver, según creo, con la importancia que cada uno de ellos le atribuye a una explicación de carácter intensional. Para Quine, es claro que las explicaciones no extensionales no son explicaciones estrictamente hablando. En su “Retrospectiva de ‹‹ Dos Dogmas››” (1991), el autor afirma que para la década de los 30s ninguno de los profesores de Harvard quiso animarlo en su extensionalismo, entre ellos se encontraban Whitehead, Lewis y Huntington, “eran todos más bien blandos con las intensiones” (Quine, 2001, p.99). En el momento en que Searle le abre la puerta al lenguaje intensional para sus explicaciones, sus puntos de vista son incompatibles con las tesis de Quine. En este punto, la disputa no se resuelve defendiendo o atacando la noción de analiticidad, tendríamos que examinar si efectivamente se requieren criterios extensionales para comprender adecuadamente los conceptos, o si tales criterios pueden ser de carácter intensional. Sin embargo, con todo lo anterior, los argumentos de Searle parecen romper la rigidez de los argumentos quineanos y ajustarse mejor a nuestras percepciones de aquella distinción entre enunciados analíticos y sintéticos.

Por otro lado, la utilidad o inutilidad de criterios bien sea de tipo intensional o extensional, para llevar a cabo explicaciones exitosas en los temas aquí expuestos, depende de la misma idea que cada uno de los autores tenga acerca de lo que pueda llamarse “útil”. Para Quine, parece quedar claro que un criterio para la analiticidad es útil cuando logra clasificar los enunciados en



todos los casos, esto es, pasados presentes y futuros, y logra dejar claro si son analíticos o sintéticos. Para Searle, que un criterio sea útil para una clasificación parece no significar lo mismo. Ya se ha dicho que si bien el criterio para la analiticidad no logra recoger todos los casos, puede lograr su cometido en un número considerable de ellos, y que si no lo logra en todos los casos, lo que debe ser abandonado es el criterio mismo  $\Phi$



## Referencias

Hume, David. (2002). *Investigación sobre el conocimiento humano*. Madrid: Alianza Editorial.

Kant, Immanuel (1998). *Crítica de la razón pura*. Madrid: Alfaguara.

Leibniz, Gottfried W. (1992) *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*. Madrid: Alianza Editorial.

Quine, Willard V. O. (1985) *Dos Dogmas del empirismo*. En: *Desde un punto de vista lógico*. Orbis: Barcelona

\_\_\_\_\_. (1968). *Palabra y objeto*. Barcelona: Labor.

\_\_\_\_\_. (2001) *Retrospectiva de Dos de Dogmas*. En: *Acerca del conocimiento científico y otros dogmas*. Paidós: Barcelona.

Searle, John R (1980). *Actos de habla*. Madrid: Cátedra, S.A

Valdés V, Luis M (compilador) (2000). *La búsqueda del significado*. Madrid: Tecnos